

De la Patagonia a Times Square: el doble estándar de las ONGs ambientalistas

Adolfo Alvial

El pasado 30 de octubre de 2024, un medio nacional informaba que Sernapesca ordenó a fiscalía investigar la muerte de una ballena jorobada dentro de un centro salmonero en la Reserva Nacional Kawésqar, en Magallanes. Poco después, apareció otra ballena muerta cerca de un centro salmonero en un parque nacional de Aysén. Estas dos muertes, separadas por más de 700 kilómetros, desataron una nueva ola de acusaciones por parte de ONGs ambientalistas.

El 4 de noviembre, Greenpeace declaraba: “Este es un triste recordatorio de los impactos destructivos que tiene la industria de la salmonicultura en nuestra biodiversidad marina”. Sin embargo, la misma organización pedía en la misma nota “esclarecer cuál fue la causa de muerte de estas ballenas”. En otras palabras, acusan primero y buscan pruebas después.

Para amplificar el impacto, estas ONGs llevaron su mensaje a un escenario global. El 9 de noviembre, compraron espacio en las pantallas de Times Square, en Nueva York, proyectando cada hora un video contra las salmoneras en áreas protegidas de la Patagonia chilena. Lo curioso es que, mientras tanto, en la Península Valdés, un área protegida de la Patagonia argentina reconocida mundialmente por su biodiversidad marina, se reportaba una mortandad masiva de 21 ballenas en pocos días, alcanzando 71 muertes en lo que iba del año.

Siguiendo la lógica de estas campañas, habría que culpar a las áreas protegidas de estas muertes o, al menos, exigir investigaciones similares. Sin embargo, nada de esto llegó a Times Square. Este doble estándar deja en evidencia el uso tendencioso de tragedias ambientales para avanzar agendas políticas.

Vale recordar que, en 2015, en los fiordos del Golfo de Tres Montes, en la Patagonia chilena, se encontraron 337 ballenas muertas. Investigaciones científicas concluyeron que la causa fue una explosión de marea roja, intensificada por el cambio climático. Un fenómeno similar fue atribuido a las floraciones algales tóxicas en Península Valdés, donde no existen cultivos de salmónes.

Esto deja claro que las mortandades de ballenas en Patagonia tienen causas complejas y naturales, no vinculadas a la salmonicultura. Criticar malas prácticas en cualquier industria es legítimo, pero lanzar acusaciones infundadas y costosas campañas globales es irresponsable. Mientras miles de chilenos dependen de esta actividad para su sustento, estas ONGs solo generan empleos para activistas que amplifican mensajes sin base científica.

El debate ambiental debe basarse en hechos, no en campañas millonarias que buscan demonizar sectores productivos claves. Chile necesita proteger su biodiversidad, pero también resguardar el empleo y desarrollo sostenible en el sur austral.